



La metamorfosis de Kim Petras

De niño a mujer: el auge de la transexualidad adolescente

A los 16 años, Kim Petras se convirtió en la persona más joven en cambiar de sexo en el quirófano. Pero su récord peligra: un inglés de 12 acaba de anunciar que también quiere operarse. Es el nuevo síntoma del auge de la transexualidad adolescente.

26 Septiembre 09 - Gonzalo Suárez - Madrid

El ritual se repetía todas las mañanas en la casa de la familia Petras. La madre, Konni, suplicaba a su hijo que se pusiera el uniforme del colegio. El niño se empeñaba en enfundarse una falda rosa. Y, de inmediato, se desataba un vendaval de lloriqueos que sólo amainaba cuando, exhausto, el chaval se embutía en su odiado pantalón y se marchaba a clase arrastrando los pies.

Tras infinitas peleas mañaneras, el chico negoció una tregua con sus padres. Vale, no le quedaba otra que ir al cole con uniforme masculino, pero, en cuanto regresara a casa, le dejarían vestirse de rosa de pies a cabeza. «Además, siempre llevaba una camiseta de mis hermanas debajo del uniforme: me hacía sentirme un poquito mejor», recuerda Tim, que hace justo un año pasó por el quirófano para convertirse en Kim.

La operación, celebrada el pasado mes de octubre, convirtió a Kim en la persona más joven del mundo en cambiar de sexo. Días antes había cumplido los 16 años, la frontera trazada por un juez alemán para que emprendiera la fase final de su metamorfosis. Pero, ahora, su particular «récord» corre

peligro. Un chico de 12 años acaba de montar un revuelo en el sur de Inglaterra al plantarse en clase transformado en chica y proclamar que está dispuesto a operarse.

La polémica se ha desatado en la Prensa británica: ¿se está convirtiendo la transexualidad en un juego de niños? Desde luego, tanto Kim como la joven inglesa –cuya identidad se mantiene en secreto– son casos excepcionales. Sin embargo, los especialistas coinciden en que, aunque no existan cifras precisas, la transexualidad adolescente es un fenómeno al alza en el mundo occidental. «Antes, los jóvenes que tenían esta enfermedad se sentían bichos raros», explica el cirujano plástico Iván Mañero, jefe de la unidad de trastornos de género del Hospital Clínico de Barcelona. «Ahora, tienen acceso a muchísima información, entienden lo que les pasa y exigen que se les ayude».

En su consulta, Mañero está habituado a atender a chavales de tiernísima edad. Los más jóvenes apenas tienen seis o siete años, pero ya se sienten enjaulados en un cuerpo que no les corresponde. El doctor siempre les informa de que la legislación vigente –la Ley de Identidad de Género– prohíbe la cirugía de reasignación de sexo hasta los 18 años, incluso con consentimiento paterno. Y casi todos demoran su decisión hasta que alcanzan la mayoría de edad.

La única excepción es Marta (nombre ficticio), una joven paciente que se niega a esperar. Con sólo 16 años, ha exigido a los tribunales que la permita operarse antes de tiempo, una demanda sin precedentes en España. Mientras aguarda la sentencia, lleva año y medio en tratamiento hormonal con apoyo de sus padres y del doctor Mañero. «El problema es que mucha gente no asume que es una enfermedad», resume el cirujano. «Nadie aceptaría que no se tratase a un enfermo de leucemia con la excusa de que es menor de edad».

Cosas de chicas

Su caso, pendiente de sentencia en un juzgado de Barcelona, es casi idéntico al de Kim Petras. La alemana no tuvo dudas: desde pequeña se vio como una niña en un cuerpo masculino. «Siempre hacía cosas de chicas y sólo tenía amigas», recuerda. A los 13 años comenzó la terapia hormonal y apareció en un documental televisivo para exigir a los tribunales que le permitieran operarse nada más cumplir los 16, el caso más precoz que se conoce. «Tenía tantos psicólogos de mi parte que el juez no pudo negarse», asegura.

Sin embargo, numerosos expertos cuestionan la conveniencia de estas decisiones apresuradas. La adolescencia es un periodo de turbulencias emocionales que desaconseja la adopción de medidas irreversibles como una intervención quirúrgica. «La transexualidad es una patología tan seria que la formación personal resulta crucial: no se puede decidir sin estar maduro psíquicamente», explica César Casado, que realiza operaciones de cambio de

sexo en el Hospital Ramón y Cajal de Madrid.

Pero estas reticencias no evitan que estén surgiendo clínicas que ofrecen sus servicios a una clientela cada vez más joven. Es el caso del Servicio de Gestión del Género del Hospital Infantil de Boston, que abre sus puertas a niños desde los siete años. Su director, Norman Spack, defiende con ferocidad su tratamiento de los ataques de sus detractores. «Los niños transexuales tienen unas tasas de suicidio altísimas, pero ninguno intenta matarse una vez que empieza a recibir hormonas», argumenta.

Su protocolo clínico contempla distintas fases según la edad del paciente. A los más pequeños se les ofrece apoyo psicológico y social: que sus profesores estén al corriente del problema, que los padres no les fuercen a jugar al fútbol si es niño o a las muñecas si es niña... Pero el verdadero tratamiento no comienza hasta los 11 años para las chicas y los 13 para los chicos. Es entonces cuando los pacientes reciben medicamentos para frenar la pubertad, lo que les coloca en una especie de «limbo» sexual. Ellas no desarrollan senos ni tienen la regla; a ellos no les cambia la voz ni les sale vello facial. «Básicamente, les damos unos años de margen antes de tomar la decisión definitiva», explica Spack.

En principio, los efectos de estas drogas son reversibles. Hacia los 16 años, sin embargo, el tratamiento se intensifica y ya no hay marcha atrás. Así, los pacientes empiezan a tomar hormonas (estrógenos ellos, testosterona ellas), que alteran su desarrollo de forma permanente. Además, está la «prueba de vida»: un par de años en los que el chaval vive en su nueva identidad para determinar si será capaz de aclimatarse. Y, tras la mayoría de edad, llega la fase final: la cirugía.

Iván Mañero defiende las virtudes de la intervención temprana. La principal es que simplifica la cirugía de reasignación de sexo: «Por ejemplo, nos ahorraríamos la amputación de una tallea de pecho, que implica graves riesgos y secuelas notables», explica. Pero, además, se reduce el tiempo de sufrimiento del transexual atrapado en un organismo que no reconoce como propio: «También ellos tienen derecho a disfrutar de la adolescencia», argumenta.

Cien contra uno

El dilema es si estas ventajas compensan los indudables riesgos del tratamiento. El propio Spack admite que las hormonas suelen producir infertilidad, un factor que pocos adolescentes sopesan adecuadamente. Otros apuestan por tratamientos alternativos, como la psicoterapia, para ayudar a los jóvenes hasta que estén en condiciones de decidir. «Es preferible retrasar cien operaciones que permitir una en la que el joven se arrepienta: eso sí que es terrorífico», argumenta María Martínez Vigo, psiquiatra de la **Fundación Jiménez Díaz**.

Mientras, Petras se prepara para cumplir 17 años ajena al debate ético que

desencadenó su decisión. Para ella, la cirugía es ya un recuerdo lejano. Ahora, su obsesión es su carrera musical: sus videoclips arrasan en redes sociales como MySpace y ya prepara la grabación de su primer disco. «No quiero ser un símbolo de la transexualidad: siempre he pensado que cada uno tiene que vivir su vida como quiera», proclama. «Para mí, la operación es el pasado. Espero que llegue un momento en que la gente se olvide de ella y sólo quieran preguntarme sobre mi música».

Operados a los cincuenta

Al cirujano César Casado le ha tocado derivar a más de un chaval al psiquiatra cuando le pide que les cambie de sexo en el quirófano. Pero también le ha ocurrido lo contrario: que quien le suplique su ayuda sea un paciente demasiado mayor. «A veces te encuentras con personas de más de 50 años», asegura. «Yo les sugiero que se lo piensen, que es una cirugía muy complicada, pero muchos se empeñan». Lo mismo le ha ocurrido a Iván Mañero, que también ha operado de cambio de sexo a varios pacientes cincuentones. Eran personas que no descubrieron su transexualidad en la adolescencia, como es habitual, sino entrada la edad adulta. En ocasiones, fueron de diván en diván sin que ningún psiquiatra se percatara de su enfermedad: a unos les diagnosticaron esquizofrenia, a otros depresión... «El desconocimiento les hizo asumir que eran raros», explica Mañero. «Algunos se casaron, tuvieron hijos... Hasta que un día se percatan de lo que les ocurre y se plantan en tu consulta».

[Enviar a un amigo](#)